

# Este año fue el comienzo de una transición verde

LEAH C. STOKES

DURANTE CASI MEDIO SIGLO, EL mundo ha hablado de abandonar su adición a los combustibles fósiles. Sin embargo, año tras año, seguimos atascados en el mismo viejo sistema de energía sucia.

Las consecuencias de ese retraso ya están aquí, pues la crisis climática está tocando a nuestra puerta.

Sin embargo, cuando hagamos una retrospectiva dentro de una década, quizá descubramos que 2022 fue un punto de inflexión. Las nuevas políticas en Estados Unidos y Europa, y las elecciones en Australia y Brasil, están impulsando las energías limpias. Si alejarse de la energía sucia es como desviar la ruta de un barco gigante, entonces este podría ser el año en que los líderes mundiales empezaron a dar la vuelta al petrolero.

Una “transición energética” suena simple y ordenada. Pero en un año con una guerra brutal que puso patas arriba a los mercados energéticos mundiales, aprendimos que no es así como se producirá este tipo de cambio. Será un viaje lleno de baches: un trastorno energético.

Si nos fijamos en los periodos en los que el sistema energético cambió drásticamente, ya sea en 1979 o en 2022, hay un patrón claro: la crisis. Cuando el suministro de energía escasea y los precios de los combustibles fósiles se disparan, los gobiernos actúan.

Las respuestas pueden ser solo parches provisionales: bajar los precios a corto plazo, pero sin cambiar la dependencia de la energía sucia. O pueden ser como una operación quirúrgica mayor: alterar fundamentalmente la infraestructura energética. Esos últimos cambios son los que realmente cuentan, porque son más difíciles de revertir.

Las nuevas leyes energéticas de Estados Unidos distan mucho de ser perfectas. Incluyen inversiones en infraestructura de combustibles fósiles, como autobuses de motores de gas. Y hasta ahora, muchas compañías eléctricas se han resistido a actualizar sus planes para desarrollar energía limpia con más rapidez. El Congreso había propuesto incentivos para que lo hicieran como parte del paquete climático, pero el senador Joe Manchin, de Virginia Occidental, se negó a que esa disposición siguiera adelante.

Con todo, en conjunto, estas nuevas leyes pondrán a Estados Unidos en un camino permanente para alejarse de los combustibles fósiles, aunque el viaje tenga altibajos.

Este año quizá también sea un punto de

inflexión para Europa. La crisis energética, causada por la invasión no provocada de Ucrania a manos de Vladimir Putin, ha dejado a Europa prácticamente sin su mayor fuente de gas fósil. Como respuesta, los precios se han disparado: en agosto, el gas costaba en la Unión Europea doce veces más que a principios de 2021, un aumento exorbitante.

La explosión de los gasoductos Nord Stream en septiembre —un acto de sabotaje, según se cree—, que dañó un enlace clave entre Rusia y Europa, no hará sino acelerar esas tendencias, y no está claro que los gasoductos puedan repararse. Lo más probable es que los daños reduzcan de manera permanente el acceso de Europa a los combustibles fósiles.

Ante esas interrupciones, Europa ha acelerado sus planes para avanzar hacia las energías limpias. En noviembre, la Unión Europea decidió apresurar la concesión de permisos y la instalación de proyectos de energías renovables al establecer plazos máximos para todo tipo de proyectos, desde paneles solares hasta bombas de calor. Los negociadores de la UE también llegaron hace poco a un acuerdo con el fin de reducir más rápidamente la contaminación por carbono en esta década.

En octubre y noviembre, el consumo de gas en Europa fue aproximadamente una cuarta parte inferior a la media quinquenal del mismo periodo. Parte de esta reducción se debe a que la gente ha cambiado su comportamiento para ahorrar energía, una tendencia que podría ser temporal. Pero en el primer semestre de 2022, Polonia, los Países Bajos, Italia y Austria registraron un crecimiento masivo de las ventas de bombas de calor. Es poco probable que los edificios que ahora tienen bombas de calor vuelvan a quemar gas, aunque cambie la situación geopolítica.

A medida que el mundo fabrique más paneles solares, vehículos eléctricos y bombas de calor, también aprenderá a fabricarlos con procesos más baratos. Esa innovación no puede deshacerse fácilmente. A medida que las tecnologías limpias bajen de precio, más consumidores y empresas de todo el mundo las elegirán en lugar de los combustibles fósiles. Pensemos en lo mucho que se adoptaron los teléfonos móviles frente a los fijos una vez que fueron más accesibles.

Las elecciones de este año también sentaron las bases para nuevas políticas que alejen el sistema energético mundial de los combustibles fósiles. Tras los devastadores incendios forestales de los últimos años, que mataron o desplazaron a 3000 millones de animales salvajes y des-

truyeron miles de hogares, el precio de la pasividad climática se hizo evidente para cada vez más australianos. En mayo, los votantes australianos echaron de la presidencia a un partido cuyo enfoque del cambio climático consistía en negarlo y retrasar las acciones de combate. El Partido Laborista, vencedor, situó el cambio climático en el centro de su plataforma, y los independientes derrotaron a políticos en ejercicio en escaños hasta entonces seguros mediante agresivas campañas sobre el clima.

El gobierno laborista australiano ahora se plantea qué tipo de sistema energético quiere construir en el futuro. Tendrá que tomar la difícil decisión de abandonar el carbón si quiere cumplir sus compromisos climáticos.

En octubre, el pueblo brasileño eligió a Luiz Inácio Lula da Silva como próximo presidente y rechazó al régimen antiecológico de Jair Bolsonaro. Después de que Bolsonaro llegó al poder en 2019, hubo un aumento del 50 por ciento en la deforestación en seis meses. Sus políticas provocaron la devastación de un área de bosque más grande que Bélgica en menos de tres años.

El mes pasado, en la conferencia sobre el clima de la ONU, el presidente electo declaró que “haría lo que fuera necesario” para lograr la deforestación cero, y que “el cambio climático tendrá la máxima prioridad” en su gobierno.

Pero los mecanismos de control medioambiental que Bolsonaro desmanteló no pueden reconstruirse de la noche a la mañana. Incluso si el nuevo presidente tiene mucho éxito, estos logros serán más difíciles de consolidar que los cambios en la infraestructura energética.

La crisis energética mundial de este año también ha tenido sus malas noticias. Este año, a nivel global, el consumo de carbón alcanzó un máximo histórico, ya que algunos países buscaron desesperadamente una energía más barata a corto plazo. Sin embargo, el rápido crecimiento de las energías renovables casi ha compensado este desplazamiento hacia el carbón, al menos en términos de contaminación por carbono.

Este año, el progreso climático ha sido un baile. En lugar de dos pasos hacia adelante y un paso hacia atrás, es impredecible e improvisado. Un tirano invade un país soberano, los combustibles fósiles suben de precio, unos delincuentes vuelan oleoductos a pedazos y las bombas de calor tienen su momento decisivo.

Es difícil saber cómo se desarrollarán los acontecimientos. Pero yo apuesto a que la energía limpia ganará al final.

(c) *The New York Times*.